

# Centenario luctuoso de Venustiano Carranza. Propuesta explicativa del magnicidio

*Venustiano Carranza's bereavement centenary. Explanatory proposal for the assassination*

**Edwin Alberto Álvarez Sánchez**

Museo Casa de Carranza-INAH

**Cómo citar este artículo:** Edwin Alberto Álvarez Sánchez, "Centenario luctuoso de Venustiano Carranza. Propuesta explicativa del magnicidio", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 6 (septiembre-diciembre 2020), novena época, pp. 82-124.

Recibido: 17 de febrero de 2020 · Aprobado: 31 de marzo de 2020

## Resumen

Este texto busca iniciar una revisión historiográfica de los relatos tradicionales sobre el asesinato de Venustiano Carranza, así como proponer una explicación de las circunstancias de su muerte, usando como fuentes las actas que describen sus heridas y las prendas que portaba al ser asesinado. Asimismo, se propone una explicación sobre la autoría intelectual del crimen.

**Palabras clave:** Venustiano Carranza, Tlaxcalantongo, magnicidio, Rodolfo Herrero, Revolución Mexicana

## Abstract

This paper aims to begin a revision of the traditional versions on the murder of Venustiano Carranza, as well as to propose a new explanation of the circumstances of his death, by the use of primary sources, such as the certificates that describe his injuries and the clothes worn by Carranza during his murder. It proposes, also, an explanation of the intellectual responsibility of the crime.

**Keywords:** Venustiano Carranza, Tlaxcalantongo, presidential murder, Rodolfo Herrero, Mexican Revolution

Este año se cumplieron 100 años del magnicidio cometido en la persona de Venustiano Carranza. Debido a la pandemia de coronavirus esta efeméride no pudo ser conmemorada con las exposiciones temporales, eventos culturales y ceremonias oficiales que se habían planeado. Aun así, el hecho fue recordado por el Gobierno Federal, los gobiernos estatales de Coahuila y Puebla, así como por distintas instancias culturales vinculadas con el tema histórico de la Revolución Mexicana. Sin embargo, considero que el tema amerita más que una efeméride.

En este texto, pretendo hacer ver la importancia de renovar la discusión sobre cómo murió Carranza, haciendo a un lado el viejo debate sobre si se suicidó o no, para centrar la atención en el material a disposición para estudiar el hecho en sí. En este sentido, se propone situar las narraciones que existen en segundo lugar mirándolas con un ojo crítico y suspicaz y centrar la atención en fuentes como las actas levantadas por quienes embalsamaron el cadáver, así como en las prendas que portaba el insigne occiso. Este ejercicio debería haberse llevado a cabo hace mucho, pero los historiadores que han estudiado el tema, han dejado de lado pruebas tan valiosas como estas, a pesar de la disponibilidad para su estudio.

Lo anterior, a su vez, lleva a indicar la necesidad de ir más allá de las fuentes tradicionales. En México la historia política recurre muy rara vez a fuentes distintas a los papeles que existen en los archivos, sin embargo, hay otros materiales que se pueden estudiar. Para el caso, un crimen del pasado —tal como uno del presente— puede ser analizado utilizando vestigios materiales. Hay quienes piensan que sin una autopsia en forma no hay nada que hacer; pero, si así fuera, qué ocurriría con los casos en los que el cuerpo de la víctima es hallado meses o años después de cometido el crimen y ya sólo quedan huesos y ropa. En ese caso una autopsia sería impracticable, pero aun así existe la posibilidad de explicar las causas de la muerte valiéndose de lo que está disponible.

Lo mismo aplica a la muerte de Venustiano Carranza y a diferencia de lo ocurrido con otros homicidios históricos, como los de Madero, Pino Suárez, Zapata, Villa y Obregón, en este caso los familiares y seguidores del personaje tuvieron una casi obsesión con preservar todos los objetos

que contribuyeran a salvaguardar la memoria del Primer Jefe. Por esta razón pudieron erigirse tres museos en su honor, por lo menos, siendo el Museo Casa de Carranza de la Ciudad de México el que reúne la mayor cantidad de objetos relacionados con don Venustiano, entre ellos las prendas que llevaba puestas al morir. Y como se verá en este texto, dichos objetos proporcionan bastante información, tal vez más que la existente en las fuentes tradicionales sobre el tema.

## ESTADO DE LA CUESTIÓN

Las obras recientes más importantes sobre Venustiano Carranza han versado acerca de su actuación política en Coahuila antes de la Revolución y sobre su papel como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, pero han dejado de lado el tema de su muerte.<sup>1</sup> Las que sí han tratado sobre su asesinato —la mayoría no tan recientes—, lo han hecho de pasada, dando por sentada la precisión de la narrativa tradicional sobre el magnicidio, generada por Francisco L. Urquiza, Ignacio Suárez, Ramón Beteta y Martín Luis Guzmán.<sup>2</sup> Y quien ha tratado de revisar más a fondo el asunto, ha limitado la discusión a si Carranza se suicidó o fue asesinado.<sup>3</sup>

Hoy por hoy, ningún historiador serio considera plausible la hipótesis del suicidio. Esta última fue generada por el coronel Paulino Fontes,<sup>4</sup> uno de los acompañantes de Carranza hasta Tlaxcalantongo.<sup>5</sup> La intención de este personaje era evitar que los acompañantes del presidente, que

---

<sup>1</sup> Véase Barrón, *Carranza*, Garciadiego, 1913-1914, Gaytán, *La Doctrina Carranza*, Plana, *Venustiano Carranza*, Salmerón, *Los carrancistas*.

<sup>2</sup> Matute, *Historia de la Revolución*, Moguel, *Venustiano Carranza*, Román, *Carranza*, Villarreal, *Venustiano Carranza* y “Traición y muerte”, Villarreal y Andrade, “Magnicidio”, Ávila, Benítez, Carrillo y Juárez, “El proceso”.

<sup>3</sup> Véase Krauze, *Biografía del poder*.

<sup>4</sup> Compadre de Venustiano Carranza y director general de los Ferrocarriles Nacionales. En los años siguientes se convirtió en consuegro del general Arnulfo R. Gómez, quien había sido el primero en levantarse en armas contra Carranza, días antes de que De la Huerta y Calles publicaran el *Plan de Agua Prieta*.

<sup>5</sup> Suárez, *Carranza forjador*, pp. 192-197.

habían sido tomados prisioneros, perecieran fusilados por el autor material del magnicidio: general brigadier Rodolfo Herrero. En consecuencia, Fontes propuso que todos firmaran un acta en la que se hiciera constar que don Venustiano se había suicidado. Herrero aceptó de buena gana, pues por una parte, este documento lo protegía de manera inmediata de las represalias por parte del general brigadier Francisco de Paula Mariel, quien había formado parte de la comitiva del presidente y que se había adelantado a Xicotepec Villa Juárez —cabecera a la que pertenecía la ranchería de Tlaxcalantongo— para encontrar refuerzos dirigidos por sus subordinados, los tenientes coroneles Lindoro Hernández y Aarón Valderrábano.<sup>6</sup> El acta también había tenido el propósito de exculpar a Herrero, en caso de que los aguaprietistas, con los que deseaba congraciarse, quisieran juzgarlo. La precaución fue innecesaria, pues los sonorenses protegieron a Herrero sin dificultad, no obstante que rechazaron —de plano— el alegato del suicidio, por parecerles insultante a la inteligencia de la opinión pública. De todas formas, Herrero y sus subordinados sostuvieron siempre esta versión, que fue defendida en un libro por su jefe de Estado Mayor, el coronel Miguel B. Márquez.<sup>7</sup> En 1963, Alfonso Taracena publicó una interesante y bastante documentada biografía sobre Carranza, en la que se esmeró en convencer al lector de que don Venustiano se suicidó, por medio de presentar numerosos testimonios al respecto.<sup>8</sup> De todas formas, casi nadie tomó en serio esta posibilidad, hasta que el polémico Enrique Krauze la retomó, sin encontrar eco en el medio académico.

Por otra parte, en una videoconferencia publicada en redes sociales del Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre las Revoluciones de México (INEHRM), con motivo del centenario luctuoso de Carranza (21

---

<sup>6</sup> De hecho, una vez enterado de la muerte del presidente, Mariel partió con sus fuerzas hacia Tlaxcalantongo, ante lo cual Herrero abandonó al cadáver y a los prisioneros, para dirigirse a El Espinal, donde se encontró con el coronel aguaprietista Lázaro Cárdenas. Suárez, *Carranza forjador*, p. 193.

<sup>7</sup> Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo*.

<sup>8</sup> Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 305-318.

de mayo de 2020),<sup>9</sup> el doctor Javier Garciadiego expresó que es inútil tratar de dilucidar las circunstancias exactas en que murió Carranza, debido a que no se le practicó una necropsia al cadáver. Tal procedimiento es imposible ahora, pues en 1942 el gobierno de Manuel Ávila Camacho hizo incinerar los huesos de don Venustiano, para inhumar una parte de las cenizas en el Monumento a la Revolución y otra en el museo de Xicotepec.

En esa misma videoconferencia, Garciadiego desdeñó lo hecho por el médico de la Compañía de Luz de Necaxa, Carlos Sánchez Pérez, llamándolo simple embalsamamiento. En efecto, Sánchez Pérez no era médico legista y sólo embalsamó el cadáver del mandatario asesinado —a petición del presidente municipal de Villa Juárez, Juan Esquitín— para que pudiera llegar a la Ciudad de México y recibiera allí exequias fúnebres formales. Sin embargo, Sánchez Pérez también realizó un reconocimiento superficial de las heridas recibidas por el occiso, las cuales se hicieron constar en dos actas, una levantada por el licenciado Lauro Cabrera y su secretario José María Domínguez,<sup>10</sup> y otra redactada y firmada por el propio Sánchez Pérez, junto con los médicos que le auxiliaron, Juan Peña y Peña, Artemio González y Carlos Vargas.<sup>11</sup>

Otra cosa que parecen pasar por alto la mayoría de los investigadores es que en el Museo Casa de Carranza, de la Ciudad de México,<sup>12</sup> se preservan las prendas que portaba don Venustiano al ser asesinado: su uniforme de campaña (guerrera y pantalón de casimir gris), camisa de seda, ropa interior (camiseta y calzón de lana), tirantes, mitazas o polainas para montar de cuero amarillo, y sus anteojos. De estas prendas, las más importantes para fines forenses son la ropa interior y el pantalón

---

<sup>9</sup> <https://www.facebook.com/inehrm.fanpage/videos/1343149759189056> [consultado el 21 de mayo de 2020].

<sup>10</sup> *El Universal*, 24 de mayo de 1920, primera plana.

<sup>11</sup> Torre, *Los trágicos sucesos*, pp. 11-12.

<sup>12</sup> El museo de Xicotepec, situado en la casa donde se embalsamaron los restos del *Varón de Cuatro Ciénegas*, se llama Museo Casa de Carranza. Asimismo, el que está localizado en Cuatro Ciénegas, Coahuila, y que ocupa el inmueble en el que nació y pasó su infancia el otrora Primer Jefe, se llama Museo Casa de Carranza; por ello la aclaración.

del uniforme, porque presentan no sólo restos abundantes de sangre, sino también los orificios producidos por las balas que le quitaron la vida al mandatario. Una comparación de estas heridas con las actas antedichas, no nada más permiten comprobar la exactitud de estos documentos, sino que también ayudan a recrear las circunstancias en que esas heridas se produjeron y juzgar la imprecisión del relato tradicional sobre cómo murió el presidente Carranza.

## **EL RELATO CONSAGRADO**

La intención de este texto no es hacer un recuento de todo el proceso político que llevó al presidente Carranza a viajar en tren desde la estación Colonia, en el Distrito Federal, hasta la estación Aljibes, donde tuvo que abandonar el ferrocarril —así como su plan original de llegar al puerto de Veracruz—, para tratar de atravesar la sierra de Puebla a caballo, con rumbo al norte. Tampoco lo es describir lo que ocurrió durante ese periplo que tuvo lugar entre el 7 y 21 de mayo de 1920. El objetivo de esta investigación se centra en el crimen propiamente dicho. Para tener un contexto del proceso que llevó a la muerte de Carranza, se puede leer la obra del finado historiador Álvaro Matute. No obstante, con el fin de que dar mayor claridad en cuanto a los hechos y personajes que se mencionarán en los siguientes párrafos, es pertinente hacer un brevísimo resumen.

Tras salir de la Ciudad de México (7 de mayo), la llamada “columna de la legalidad” llegó a Apizaco (8 de mayo), donde fue recibida por el general de brigada Pilar Ramos Sánchez, aunque el mando militar de toda la columna recayó en el general de división Francisco Murguía, el único con esa graduación que iba en la comitiva. Su segundo al mando fue el general de brigada Heliodoro Pérez Treviño; este personaje dirigió los combates contra los aguaprietistas que se libraron en las estaciones de Apizaco, San Marcos, Rinconada y Aljibes. Tras dos días de combate en este último punto, luego de quedarse sin agua para las locomotoras, de constatar la destrucción de la ferrovía hacia Veracruz y de confirmar la defección del jefe de operaciones militares veracruzano Guadalupe

Sánchez, el presidente Carranza ordenó abandonar los trenes e internarse a caballo en la sierra de Puebla, con dirección al norte (14 de mayo). El secretario de Hacienda, Luis Cabrera, originario de Zacatlán de las Manzanas, fungió como guía. La comitiva transitó por varias poblaciones —siendo las más importantes Tetela de Ocampo y Cuautempan— en busca del coronel/cacique Gabriel Barrios, para recibir su protección. Eventualmente, se hizo evidente que Barrios no los ayudaría, aunque tampoco los atacaría, guardando neutralidad. Entre Cuautempan y Totomoxtla el presidente ordenó que los alumnos de Caballería del Colegio Militar se desprendieran de la columna hacia Zacatlán, con el fin de no exponer más sus vidas (18 de mayo). Las tropas que quedaron eran apenas una veintena de hombres, custodiando a un grupo de cuarenta o cincuenta altos funcionarios y generales.<sup>13</sup>

El 19 de mayo pernoctaron en Coamachalco. La comitiva llegó a Patla el 20 de mayo, lugar donde se abastecieron de víveres. En el trayecto entre Patla y La Unión, fueron alcanzados por Rodolfo Herrero, quien les ofreció su protección. El oficial mayor de Guerra y Marina, Francisco de P. Mariel, había recibido la rendición de Herrero el 8 de marzo de 1920, razón por la que recomendó confiar en él, a pesar de que desde 1915 había servido en las fuerzas del rebelde ex federal Manuel Peláez. En ese mismo punto, Mariel se adelantó hacia Xicotepec Villa Juárez, con el propósito de constatar que el camino estuviera libre y de averiguar si sus antiguos subordinados, Lindoro Hernández y Aarón Valde-rábano, seguían leales al gobierno. Herrero, por su parte, condujo a la comitiva presidencial a la ranchería de San Antonio Tlaxcalantongo, para que pernoctara allí. Hecha esta síntesis, hay que entrar en materia.

Las principales fuentes de este trabajo serán las actas levantadas en Xicotepec y las prendas ensangrentadas de Carranza pero, antes de proceder a su consideración, es importante recordar la narrativa que la historiografía ha consagrado. De los relatos tradicionales, y aceptados, del magnicidio, tres procedieron de testigos oculares, a saber, el entonces

---

<sup>13</sup> Urquízo, *Asesinato de Carranza*, p. 109. Esta obra fue publicada originalmente en 1932, bajo el título *México-Tlaxcalantongo*.

general de brigada Francisco Luis Urquizo,<sup>14</sup> el estudiante de derecho Ramón Beteta<sup>15</sup> y el capitán ayudante de Estado Mayor Presidencial Ignacio Suárez.<sup>16</sup> Un cuarto relato fue el generado por el escritor y activista revolucionario Martín Luis Guzmán, quien apoyó a la Soberana Convención Revolucionaria, lo que le llevó al exilio, regresando del cual se adhirió a la rebelión de Agua Prieta. Incluyo esta última narración por la investigación que tuvo detrás; en cambio, excluyo la novela de Fernando Benítez, *El rey viejo* (1959), porque mezcla la crónica con la ficción. La novela *Un mantel oloroso a pólvora* (2012) de Miguel Ángel Andrade, está respaldada por una profunda investigación, pero en lo relativo al asesinato no dice nada diferente de lo consignado en las crónicas antes citadas y se ve cautivado por el tema del suicidio o no suicidio.

El relato de Beteta es muy útil para conocer los detalles del trayecto desde la capital del país hasta Tlaxcalantongo y complementa muy bien la narración de Urquizo, pues brinda una perspectiva de los mismos hechos desde los ojos de un oficial habilitado de bajo rango. Sin embargo, dado que Beteta no presencié el asesinato, ya que su choza estaba distante unos metros de la ocupada por Carranza, y que en su libro no se hace una descripción del crimen, resulta de poca utilidad para el propósito de este artículo.<sup>17</sup> La narración de Urquizo brinda una perspectiva más

---

<sup>14</sup> Este personaje fungía como subsecretario encargado del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina desde el 22 de febrero de 1920.

<sup>15</sup> Hermano menor de Ignacio M. Beteta Quintana, quien en 1920 era capitán de Caballería adscrito a la Gendarmería Montada. Siendo coronel encabezó el Estado Mayor Presidencial de Lázaro Cárdenas, entre el 16 de mayo de 1938 y el 2 de febrero de 1939. Culminó su carrera con el rango de general de división. Miranda, *Estado Mayor Presidencial*, pp. 190-191 y anexo 23, p. 338.

<sup>16</sup> Junto con los capitanes Octavio Amador e Ismael Aguado, era uno de los hombres de confianza del general brigadier Juan Barragán, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe/Presidente de la República Venustiano Carranza. Suárez fue el primer director del Museo Casa de Carranza de la Ciudad de México, ocupando el cargo desde 1961 hasta su muerte. Miranda, *Estado Mayor Presidencial*, pp. 151-152. Río y Álvarez, *Museo Casa de Carranza*, p. 7.

<sup>17</sup> Véase Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo*. La primera edición de esta obra apareció en 1961.



amplia, pues procede de alguien perteneciente al alto mando, al círculo íntimo del presidente. Sin embargo, tiene la misma carencia que el libro de Beteta, ya que Urquizo tampoco atestiguó el crimen, por haberse alojado bajo un cobertizo distante varios metros del jacal del mandatario. No obstante, él sí propone una descripción del magnicidio, basado en lo que le contaron los testigos presenciales después de que se reunieron en Villa Juárez. He aquí el extracto:

Después de que Herrero nos hizo acampar en Tlaxcalantongo pretextó que a su hermano lo había herido un soldado en Patla, y que por tal motivo regresaba a ese lugar. Hasta hubo algunos de los nuestros que le facilitara vendas y medicamentos. Como a las tres de la mañana un indígena llegó al alojamiento del general Murguía portando un pliego de Mariel, destinado al presidente, con encargo de entregarlo en propia mano; en él decía que todo estaba bien, o sea que sus fuerzas seguían de parte del señor Carranza, que se podía continuar la marcha sin temor alguno. El señor Presidente no había podido conciliar el sueño en espera de este parte. Así pues, cuando el general Murguía le envió al propio a su jacal, estaba despierto y con la vela ardiendo sobre una desvencijada mesa. Ávidamente leyó el contenido de la comunicación, y ya satisfecho indicó al indígena procurara guarecerse del agua a la vera del jacal o en el cobertizo vecino, en donde estaban sus asistentes; ya con la noticia se acostó tranquilo./ El indio, lejos de quedarse, como se le indicaba, se fue sin duda en busca de Herrero, que seguramente a esas horas estaría ya a orillas del poblado, para notificarle quizá el lugar exacto en que se alojaba el señor Carranza; pues probablemente quiso cerciorarse primero del sitio preciso en que dormía el Presidente, antes de atacarlo, y así no errar el golpe./ A los pocos minutos era rodeada la choza del señor Carranza y se rompía violentamente el fuego sobre sus endeblés paredes de

madera. El presidente desde un principio recibió un tiro en una pierna y trató de incorporarse inútilmente para requerir su carabina. Al sentirse herido dijo al licenciado Aguirre Berlanga: “Licenciado, ya me rompieron una pierna”. Fueron sus últimas palabras. Otra nueva herida recibió quizá y su respiración se hizo fatigosa, entrando en agonía. Después penetraron al jacal los asaltantes y le remataron a balazos./ Habían muerto, además del señor Presidente, uno de sus asistentes, éste a la puerta del jacal, y otro del general Murguía, y habían resultado heridos el teniente coronel Maclovio Mendoza y el de igual categoría Victoriano Farías. Posteriormente, como queda dicho, fueron hechos prisioneros los que no pudieron huir.<sup>18</sup>

Algo que se puede destacar de esta narración es que, de acuerdo con lo que Urquizo vio y le contaron, el emisario de Mariel observó dónde estaba recostado Carranza para informárselo a Herrero; no se aclara si don Venustiano recibió el mensaje de pie o permaneció reclinado en su lecho, sólo que se “acostó tranquilo” después de recibir el tranquilizador informe; la choza fue rodeada; las últimas palabras de Carranza fueron para quejarse de la herida en su pierna; uno de los ayudantes del presidente hacía guardia en la puerta del jacal y murió en la refriega; los demás ayudantes dormían bajo el cobertizo alledaño a la choza; terminado el primer tiroteo, los atacantes penetraron al jacal y remataron al presidente. Comparemos esta versión con la del escritor y militante convencionista Martín Luis Guzmán.

Corrieron las horas. Suárez y Amador cuchicheaban. Ya bastante tarde —¿la una?, ¿las dos?— se vio que una luz se acercaba a la choza. Amador se levantó a ver quiénes llegaban. Pistola en mano preguntó. Era un ayudante de Murguía y dos indios, uno de los cuales traía el parte que

---

<sup>18</sup> Urquizo, *Asesinato de Carranza*, pp. 149-150.

Mariel mandaba desde Villa Juárez. Don Venustiano dispuso que se les hiciese pasar y que se encendiera la luz./ Cumplida su misión, el oficial de Murguía se retiró. Los indios, después de responder a unas cuantas preguntas de don Venustiano, que les hablaba incorporado a medias en su cama, no aceptaron quedarse en el cobertizo con los asistentes, sino que alegaron razones para regresar, pese a lo recio de la lluvia, y se fueron también. Carranza entonces, levantándose con una mano los anteojos, leyó en voz alta, mientras le acercaban la luz de la vela, el parte de Mariel, que decía esto: “Respetable señor presidente: Tengo el honor de comunicar a usted que la comisión que se sirvió conferirme ha sido satisfactoriamente cumplida. El coronel Lindoro Hernández y el teniente coronel Valde-rábano permanecen leales y están del todo a disposición de usted y resueltos a proporcionar lo necesario para que la columna continúe al norte. Mañana, a primera hora, tendré el honor de comunicarle en persona los detalles de la entrevista.”/ Terminada la lectura, don Venustiano comentó: —La verdad es que no había podido dormirme por esperar esta noticia. Ahora sí, señores podemos descansar./ Y otra vez apagaron la vela para que la oscuridad y el sueño los cobijaran./ No pasó mucho tiempo. Cerca de las tres o tres y media, los fugitivos despertaron al clamor de grandes voces y a los disparos que se oían a la puerta misma de las chozas. Parecía que los asaltaban. “¡Viva Peláez!” “¡Viva Obregón!””, y sonaba nutrido fuego de fusilería. Se levantaron como pudieron, y como pudieron empezaron algunos a salir./ Afuera, pese al estruendo, casi no vieron nada bajo la lluvia y entre la oscuridad, que era completa, aunque interrumpida por los relámpagos y los fogonazos. Cerca de la choza de Cabrera y Murguía se entabló un tiroteo, a la vez que sonaban en torno de la choza de don Venustiano, y más allá, donde estaban Bonillas y Amador, y hacia la

parte ocupada por Fontes, Carlos Domínguez, Ché Gómez y Landa Berriozábal, y del lado donde se guarecían Urquizo y sus ayudantes./ —¡Ríndete Carranza: tienes garantías!/ —¡Ríndete Murguía!/ ¿Dónde estás Bonillas?/ ¿Dónde estás, Luis Cabrera?/ Suelos, espantados, empezaron a correr los caballos, algunos de los cuales caían heridos, o quebrados de las manos al tropezar con lo que encontraban en las tinieblas. Y seguían los gritos y las descargas; tan bien preparado todo, que al minuto de iniciarse el asalto ya era tremenda la confusión entre los que intentaban defenderse y los que pretendían huir. Peleaba Murguía, peleaban sus oficiales y asistentes; pero casi no partían disparos sino de las manchas claras de los asaltantes, apretados en grupos cerca de las chozas y dueños de ellas por las armas y los gritos. Ni un ¡viva Carranza!; ningún grupo de defensores que opusiera verdadera resistencia./ En el interior de la choza de don Venustiano las descargas se habían sentido cerradas desde el primer momento. Hendían las tablas por la parte donde estaba acostado él; lanzaban pedazos de las tazas y platos que habían quedado sobre la mesa. Afuera, junto a las tablas mismas, las voces gritaban: “Sal, viejo arrastrado: aquí viene tu padre.” “Sal, viejo: ora sí vamos a cogerte por las barbas.” Y brillaba intermitente, por entre los resquicios, la lumbre de los fognazos, lo que parecía aumentar dentro de la choza la oscuridad, en la cual, a tientas, todos trataban de levantarse y defenderse./ Alargó don Venustiano el brazo para coger sus anteojos y ponérselos; pero, sintiéndose herido, se empezó a quejar. Le preguntó Aguirre Berlanga, que también se había incorporado: —¿Le pasa a usted algo, señor? —No puedo levantarme; tengo rota una pierna./ Suárez y Amador ya estaban de pie. Armados de sus pistolas intentaron salir. Frente a la puerta no había nadie: el ataque parecía venir sólo de la parte de atrás. Por un momento los disparos fueron tan próximos, que dos de

ellos parecieron producirse en la choza misma. Se volvió Suárez. A tientas llegó hasta don Venustiano y le pasó un brazo por la espalda, para levantarlo y ayudarlo a salir. Quiso hablarle, quiso animarlo, pero advirtió entonces que del cuerpo que tenía sujeto no salía ya más que un estertor. Cerca y lejos seguían los disparos y los gritos. / Pasaron así diez minutos, quince, quizá veinte. Disminuía el tiroteo y aumentaban las voces. Suárez seguía sosteniendo a don Venustiano; sentía correr la sangre y vibrar en el cuerpo el estertor. Pero pronto rompió aquellas sensaciones y la oscuridad de la choza, la cercanía de un grupo de asaltantes que llegaban a la puerta intimando rendición y ordenando que salieran todos los que estaban dentro. Alguien les informó que el presidente se hallaba herido, que podían entrar, que nadie haría resistencia. Los asaltantes les mandaron entonces encender la luz, y, encendida esta, pasaron. Los capitaneaba un hombre de quien después se supo que era pariente de Rodolfo Herrero. Entraron apuntando las carabinas, profiriendo injurias contra Carranza, cogiéndolo todo. / —¡A ver! ¡Dejen ahí al viejo! ¡Todos aquí! / Don Venustiano agonizaba. Su estertor era un ronquido más y más grueso, que se iba yendo, que se iba apagando. Entró otro grupo, al mando de un capitán y a los gritos de ¡viva Peláez! el capitán dijo que inmediatamente mandaría por un doctor. Todos callaron y esperaron. El estertor se hizo opaco y tenue. Don Venustiano expiró.<sup>19</sup>

Esta narración exhibe diferencias aparentemente pequeñas respecto a la anterior. Presenta a dos indios en lugar de sólo uno portando el mensaje de Mariel, pero coincide en atribuirles espiar dónde estaba recostado don Venustiano. Basado en los testimonios del entonces secretario de Gober-

---

<sup>19</sup> Guzmán, “Ineluctable fin”, pp. 66-69. Este texto fue escrito por Guzmán en 1938 y publicado por primera vez en 1958.

nación, Manuel Aguirre Berlanga y del capitán Ignacio Suárez, Guzmán reconstruye lo sucedido dentro del jacal de don Venustiano y fuera de él. Aquí, la choza no está rodeada por los atacantes, sino que estos concentran sus disparos en la parte posterior del jacal, con el fin de acertarle a Carranza. Otra diferencia importante es que en esta versión, todas las heridas recibidas por el presidente procedieron de fuera, de modo que cuando los asaltantes penetraron al inmueble, Carranza ya estaba agonizando, siendo innecesario “rematarlo”. Finalmente, se alude al hecho de que dos de los asistentes del presidente, es decir, sus ayudantes de Estado Mayor Presidencial, dormían en el mismo jacal que él, a saber, Ignacio Suárez y Octavio Amador, y que ninguno de ellos resultó herido ni muerto, aunque se asevera que otros ayudantes dormían bajo un cobertizo contiguo.

El siguiente testimonio importante es, justamente, el de Ignacio Suárez Guevara, capitán de caballería en 1920, y quien llegaría a alcanzar el grado de teniente coronel. Este personaje fue muy cercano a su jefe inmediato entre 1915 y 1920, el general brigadier jefe del Estado Mayor Presidencial Juan Barragán Rodríguez. La amistad se mantuvo hasta la muerte de ambos, en la década de 1970, cuando Barragán era militante del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y Suárez director vitalicio del Museo Casa de Carranza.

Suárez expresó su primer testimonio en una entrevista que le hizo Gustavo de la Torre,<sup>20</sup> pero más tarde escribió varias obras, algunas testimoniales y otras de carácter académico, con objeto de dar a conocer lo artero del magnicidio y demostrar la responsabilidad de Álvaro Obregón en él.<sup>21</sup> En la entrevista realizada por de la Torre, Suárez describe la muerte de Carranza en los términos narrados por Guzmán, incluyendo el detalle del espionaje efectuado por el emisario de Mariel.<sup>22</sup> Esto es muy interesante, porque de acuerdo con estas versiones, Mariel tendría que haber estado implicado en el crimen, ya que el emisario había sido enviado por él. Esto genera un problema muy obvio, ya que Mariel se encontraba en Villa Juárez, a varios kilómetros de Tlaxcalantongo, y

---

<sup>20</sup> Torre, *Los trágicos sucesos*, pp. 13-58.

<sup>21</sup> Suárez, “Disertación”. Ignacio Suárez, *Carranza forjador*.

<sup>22</sup> Torre, *Los trágicos sucesos*, pp. 14-15.

todas las versiones coinciden en que después de abandonar esta rancharía, Herrero tomó el camino hacia Patla. Así pues, era imposible que Herrero supiera que durante la noche Mariel iba a enviar un mensajero a don Venustiano, de modo que sus hombres pudieran increparlo sobre dónde estaba recostado el presidente. De igual forma, parece improbable que Mariel le diera al emisario la instrucción de informar a Herrero del lugar exacto donde dormía Carranza, como si el pobre individuo fuera capaz de saber dónde exactamente se escondían Herrero y sus subalternos.

Atribuirle al mensajero el papel de informante fue un recurso muy útil a Aguirre Berlanga y compañía para explicar el hecho inverosímil de que de los seis ocupantes del jacal, sólo Carranza resultara herido y muerto, pues los demás salieron ilesos. Sin embargo, Suárez modificó su relato después de realizar una investigación personal. En su bien documentado libro de 1965, dio a conocer que el mensajero no había sido un espía, sino un inocente poblador de San Pedro Itztla o San Pedrito.<sup>23</sup> Por otra parte, si Mariel había sido cómplice de Herrero, por qué dicho general fue aceptado siempre en los círculos de veteranos carrancistas, como lo hacen constar las fotografías tomadas en la embajada del Salvador —hoy Museo Casa de Carranza—, en 1942, y en las que un viejo Mariel aparece acompañando a los generales Federico Montes y Juan Barragán, así como a Luis Cabrera y a algunos exdiputados constituyentes. El hecho es que Herrero no necesitaba que nadie le dijera dónde se había acostado don Venustiano, pues como señala Beteta “sólo la gente de Herrero podía haber disparado con efectividad a pesar de la negrura de la noche, ya que él mismo había escogido al Primer Jefe su alojamiento y sabía muy bien el lugar preciso en que dormía”.<sup>24</sup>

Pero hay que volver al tema central de este artículo. Consideremos la narración de Suárez sobre el homicidio.

Dijimos que el albergue del señor Presidente, lo compartieron los señores licenciado Manuel Aguirre Berlanga,

---

<sup>23</sup> Declaración de Aarón Valderrábano citada en Suárez, *Carranza forjador*, p. 177.

<sup>24</sup> Beteta, *Camino a Tlaxcalantongo*, p. 89.

Pedro Gil Farías<sup>25</sup> y Mario Méndez,<sup>26</sup> en el interior, y en el umbral de su única puerta se colocaron los ayudantes Suárez y Amador./ Al retirarse los últimos visitantes, se apagó la luz y reinó el silencio. En el exterior, la oscuridad de la noche agravada por espesa neblina, no permitía ver absolutamente nada, aun poniendo algún objeto muy cerca de los ojos./ Como a las tres de la mañana de entre la neblina se destacó una tenue luz movediza. Suárez, indicó a Amador que pusiera atención y que reconociera al portador de la luz. Amador, avanzó armado y dio la voz de: —¡Quién vive!/ —Soy el teniente Francisco Valle, ayudante del general Murguía, que me envía con un correo que trae noticias del general Mariel./ Bien reconocido el teniente Valle, avanzó hasta la puerta acompañado de un indígena que portaba una luz. A las voces, el señor Presidente se puso en pie y preguntó qué pasaba y Suárez, le informó. Ordenó que entraran ambos, lo que así hicieron, y el teniente Valle, dijo:/ —Señor, acaba de llegar este correo que trae un recado del general Mariel y que entregó al general Murguía, quien me envía para que lo conozca usted./ Contestó el señor Presidente, después de leer lo escrito en un papel:/ —Dígale usted al general que ya me he enterado, y que estén todos listos para salir muy temprano./ Tuvo la bondad el señor Presidente, de leer en voz alta el recado, el que en sustancia decía: “Que la guarnición de Villa Juárez era leal y que saldrían al día siguiente (21) refuerzos para la Columna.” Y después de leer comentó:/ —Ahora sí voy a poder dormir aunque sea un rato, pues no había podido hacerlo en espera de las noticias del general Mariel. Apaguen la luz, pues nos va a hacer falta más tarde— y volvió a su lecho improvisado./ La oscuridad

---

<sup>25</sup> Secretario particular de Carranza.

<sup>26</sup> Antiguo secretario particular de Carranza y a la sazón Director General de Telégrafos.



reinó nuevamente. Más cautos Amador y Suárez, hacían comentarios con voz muy apagada, para no interrumpir el sueño del señor Presidente/ Muy poco antes de las cuatro de la madrugada sin haberse escuchado ningún ruido que anunciara la presencia de gentes cerca del jacal, en la parte posterior, sonaron descargas cerradas de armas largas y los estentóreos gritos de “¡Viva Obregón! ¡Viva Peláez! ¡Muera Carranza!”, e insultos de la peor especie. Puestos en pie inmediatamente los capitanes Suárez y Amador, salieron del alojamiento y no observaron que alguien se acercara a la puerta o cualquier rumor por ese lado. Los atacantes, inmediatamente después de la descarga de sus armas se retiraron, pues volvió el silencio. Momentos después se escucharon nutridos disparos pero ya lejos del jacal. Suárez, regresó al interior, con el propósito de ayudar a salir al señor Presidente, pues si el ataque se repetía allí, dadas las endeble paredes no podría hacerse defensa desde el interior./ El señor licenciado Aguirre Berlanga, que descansaba como a un metro y medio del lecho del señor Carranza, ha dicho que inmediatamente después de la descarga el señor Presidente se quejó, pues había sido herido, y que expresó:/ —Licenciado, veo verde./ Cuando Suárez llegó al lado del señor Presidente, sin poder apresurarse debido a la oscuridad reinante y guiándose por la mesa colocada al centro, se acercó y le dijo:/ —Señor, señor.../ E iba a expresarle su propósito de ayudarlo a salir, cuando escuchó el estertor que indicaba su estado agónico. Se arrodilló a su lado y apreció al tacto que estaba semiincorporado, con una pierna en flexión, como si hubiera tratado de levantarse; Suárez pasó su antebrazo derecho en torno de la espalda de él, sosteniéndolo, y con la mano izquierda buscó las pulsaciones en su antebrazo, las que encontró muy débiles y en esa posición se conservó hasta que cesó el estertor y se perdió el pulso. Suárez consideró que había fallecido el señor Presidente y suavemente lo acostó, poniéndose en seguida en

pie y fijando su vista en el reloj pulsera de esfera luminosa que portaba, anunció:/ —El señor Presidente acaba de fallecer. Tomen nota, son las 4 y 20... —y volvió a arrodillarse a su lado./ Pasó un tiempo indeterminado, algo así como un cuarto o media hora, cuando llegó a la puerta un grupo de atacantes repitiendo su vocerío e intimidando a los ocupantes del jacal a que salieran./ El capitán Amador, que seguía en la puerta, les indicó que allí estaba el señor Presidente y que había fallecido. Entonces, los del grupo atacante, preparándose para hacer fuego (el ruido del cerrojo de sus armas así lo indicaba) reclamaron que se encendiera alguna luz, lo que alguien hizo empleando el cabo de vela que estaba en la mesa. Penetraron en tumulto y se dirigieron a los alojados, los que permanecían en sus improvisados lechos, poniéndoles sus armas muy cerca del pecho... Serían como quince los que entraron, teniendo como única indumentaria un sucio taparrabo, y el cuerpo embadurnado de lodo; de entre ellos se hacía notar un individuo que sí estaba vestido, moreno, que parecía ser el que mandaba a aquella gente, Ernesto Herrero, secundado por Facundo Garrido, de pelo rojizo; el primero se acercó hasta el improvisado lecho del extinto señor Presidente, y Suárez se puso en pie e interpeló a Ernesto Herrero diciéndole en voz alta:/ —Miren lo que han hecho; han matado al más grande hombre de México.../[...] Poco después llegó una segunda horda, más feroz que la anterior. Esta segunda horda la mandaba Herminio Márquez.<sup>27</sup> Como Ernesto Herrero, exigieron que todos salieran.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Hermano de Miguel B. Márquez, jefe del Estado Mayor de Herrero.

<sup>28</sup> Suárez, *Carranza forjador*, pp. 185-189. Cabe añadir que Urquiza repite esta versión de los hechos en *Carranza. El Hombre*, tanto en la edición de 1939 como en la de 1957. Evidentemente se basó en lo declarado por Aguirre Berlanga y Suárez. En *México-Tlaxcalantongo*, en cambio, refiere su propio testimonio. Consultar Urquiza, *Vidas ejemplares*, pp. 86-94 y *Carranza. El Hombre*, pp. 73-92.

Este testimonio procede de alguien que sí estuvo en el interior de la choza y por ello abunda en detalles que los textos anteriores omiten. Asimismo, el relato de Suárez no se limita a lo que él presenció, sino que incluye datos que averiguó a través de una investigación posterior. No obstante, lo que él informa debe tomarse con mayor precaución que lo dicho por Beteta, Urquizo y Guzmán, pues los dos primeros no tenían mucho qué ocultar, y el tercero nada. Beteta y Urquizo admitieron con cierta vergüenza su imposibilidad para defender a Carranza y relataron con honestidad y detalle la forma en que huyeron de Tlaxcalantongo para ponerse a salvo. Suárez, en cambio, tenía un papel más complicado. El sí estaba con el presidente y en posibilidad de responder al ataque.

Así que su relato —contado en su primera versión a Urquizo en Villa Juárez, referido después a Gustavo de la Torre con ciertos cambios, repetido por Martín Luis Guzmán, y depurado para este texto de 1965— debía dejar en claro que ni él ni el capitán Octavio Amador habían podido cumplir con su papel de guardaespaldas del presidente debido a que los atacantes habían hecho los disparos desde afuera, por la parte posterior del jacal, directamente sobre las paredes junto a las que estaba recostado Carranza.

Suárez es enfático en el hecho de que al asomarse con Amador por la puerta de la choza, no se percibió ningún disparo; ni a ningún atacante. Y como para asegurar que el ataque fue instantáneo, da a entender que los atacantes sólo hicieron fuego una vez, de modo que, cuando Suárez regresó al interior de la choza, instantes después de asomarse, el presidente ya agonizaba, lo que no concuerda con la versión de Manuel Aguirre Berlanga, en la cual se basaron en parte Urquizo y Guzmán en el sentido de que hubo varias descargas, de modo que a la primera Carranza se quejó de que le habían roto una pierna, recibiendo después más disparos que le produjeron el estertor y la muerte.

Suárez incluso añade que antes de agonizar, don Venustiano le dijo a Aguirre Berlanga “veo verde”, previo a que Suárez regresara al interior de la choza.

## **LAS ACTAS FORENSES Y LAS PRENDAS ENSANGRENTADAS**

Ahora bien ¿por qué dudar del relato de Suárez? ¿Por qué poner en duda su motivación al escribir? Porque si se compara su explicación de cómo exactamente murió Carranza con las actas levantadas en Xicotepec, así como con las heridas perceptibles en la ropa de don Venustiano, resulta evidente una gran incongruencia. Esta es la explicación de Suárez:

¿Cómo se consumó la celada? La salida intempestiva de Rodolfo Herrero, de Tlaxcalantongo, con el pretexto de que su hermano se había herido, no fue sino una forma convenida para que se realizara el ataque. Una vez fuera, reunido con sus gentes formó tres grupos con objetivos señalados; uno de ellos, el grupo de Ernesto Herrero, atacaría el alojamiento del señor Presidente; otro, se dirigiría al del general Murguía y el tercero, en otra dirección. Ya en marcha, entraron por el costado de la iglesia en ruinas, lugar distante de la entrada que sabían estaba guardado por el general Heliodoro Pérez y los jefes, oficiales y tropa que allí estaban destacados; usaron una escabrosa vereda que ellos conocían. Ya en la meseta, amparados, por la neblina y la fuerte lluvia, avanzaron pecho a tierra deslizándose como reptiles por el piso lodoso, silenciosamente, y así fue que el primer grupo alcanzó la parte posterior del alojamiento, directamente al ángulo suroeste del jacal donde descansaba el señor Presidente (lugar opuesto a la entrada), y poniéndose en pie lanzaron sus gritos de “¡Viva Obregón! ¡Viva Peláez! ¡Muera Carranza!”, descargando sus armas directamente sobre dicho ángulo, donde, repetimos, estaba el señor Carranza, de fuera para adentro y de arriba hacia abajo.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Suárez, *Carranza forjador*, pp. 190-191.

Suárez es muy insistente en que los atacantes, aunque avanzaron pecho a tierra, no dispararon sino hasta que llegaron a la parte posterior del jacal y que se habían puesto de pie. Además enfatiza que los disparos fueron hechos “de arriba hacia abajo”. Los testimonios de Aguirre Berlanga y Suárez sirvieron a la prensa para reconstruir la posición de quienes dormían en el interior de la choza. Tanto *El Universal* como *Excelsior* publicaron sus croquis con base en esta información. Aunque el dibujo de *El Universal* respeta la forma rectangular de la choza, que medía aproximadamente cinco y medio por cuatro metros, el más ilustrativo es el de *Excelsior*, porque incluye las figuras de los atacantes, disparando justo como lo describe Suárez, de arriba hacia abajo.

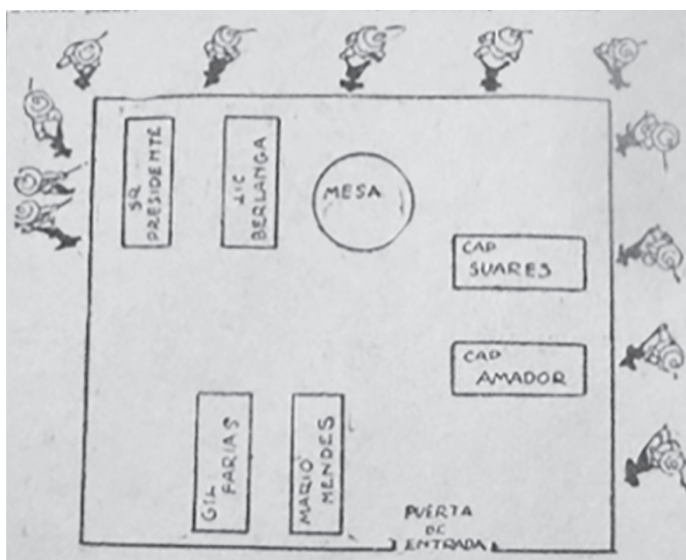


Figura 1. Croquis publicado en *Excelsior*, 26 de mayo de 1920.

Aunque deba ser tomado con mucha cautela, el testimonio de Suárez sigue teniendo mucho valor, por ejemplo, en lo relativo a la descripción de la choza y a la disposición en su interior:

Guiando Herrero la columna, se llegó más o menos al centro de la aldea, y mostrando un jacal como los descritos

anteriormente,<sup>30</sup> se detuvo y dijo al señor Presidente, que era la mejor casa del lugar, y por lo tanto su alojamiento por esa noche, lo que lo convertiría en el Palacio Nacional. Este jacal, interiormente no tenía más mobiliario que una mesa al centro y uno o dos toscos banquillos y sus dimensiones eran de seis por cuatro metros, con una sola puerta y ningún otro claro; con piso de tierra apisonada y manifestó que normalmente era el local del delegado municipal. [...] En posesión de tal local, el antiguo asistente del señor Carranza, el mayor Secundino Reyes, formó la cama para su jefe en un ángulo de la choza, tendiendo los sudaderos del caballo como colchón y la silla de montar como almohada y una manta de viaje para que le sirviera de abrigo. [...] Quedaron en el jacal donde se alojó el señor Presidente la noche del 20 al 21 de mayo de 1920, él, el licenciado Manuel Aguirre Berlanga, su secretario particular Pedro Gil Farías, don Mario Méndez y los ayudantes capitanes Octavio Amador e Ignacio Suárez; con excepción de estos últimos que se acostaron en el umbral de la única puerta, los demás improvisaron sus lechos en la misma forma que Secundino había dispuesto el del señor Carranza. Un cabo de vela que medio iluminaba el interior, fue apagado, para que no se consumiera totalmente y se pudiera utilizar a primera hora de la mañana.<sup>31</sup>

En resumen, el jacal carecía de ventanas, y de muebles, salvo una mesa y un banco. Carranza y sus cinco acompañantes tuvieron que recostarse sobre el suelo de tierra apisonada, usando como colchón las telas que iban debajo de sus monturas, y como almohada sus respectivas sillas de montar. La disposición de los personajes era la que se aprecia en los croquis de *El Universal* y *Excélsior*: Amador y Suárez cerca de la

---

<sup>30</sup> “[...] paredes de madera delgada o tejamanil, de techos de dos aguas, muy agudos, de zacate, y uno que otro de teja”.

<sup>31</sup> Suárez, *Carranza forjador*, pp. 161-162 y 165.

puerta; don Venustiano junto a la esquina opuesta a la entrada del jacal, Aguirre Berlanga junto a él, del lado izquierdo; Méndez y Farías frente a ellos. Una vez que está claro el cuadro presentado por Suárez, hay que analizar la información procedente de las actas. La levantada por Lauro Cabrera contiene la siguiente información:

[...] por solicitud del [...] teniente coronel Aarón L. Valde-  
rrábano para practicar las diligencias de descripción e  
inventario del cadáver, el cual se tiene a la vista boca-arriba  
[...]. Descubierto que fue presenta tres lesiones al frente,  
situadas la primera en la tetilla izquierda, la segunda como  
a cinco centímetros hacia el pecho y la tercera como a ocho  
centímetros arriba de la cicatriz umbilical; estas lesiones al  
parecer son orificios de entrada, pues son como de un centí-  
metro de diámetro con los bordes hundidos y son produ-  
cidas por proyectil de arma de fuego. Se volteó el cadáver  
hacia la derecha y en el costado izquierdo presenta otra  
lesión, que parece ser el orificio de salida de la primera,  
pues tiene los bordes desgarrados y en la región glútea y en  
la parte muscular de la pierna izquierda, presenta lesiones,  
la primera que parece ser orificio de entrada, está situada en  
el muslo de la pierna antes dicha y el de salida en la nalga  
del mismo lado; presenta además dos lesiones en los dedos  
índice y pulgar de la mano izquierda.<sup>32</sup>

El acta suscrita por el médico Carlos Sánchez Pérez contiene esta información:

[...] procedió al reconocimiento y embalsamamiento del  
cadáver del señor don Venustiano Carranza, Presidente  
Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, el cual  
cadáver, ya en estado de descomposición, presenta las

---

<sup>32</sup> *El Universal*, 24 de mayo de 1920.

lesiones siguientes: Una herida en sedal producida por arma de fuego, con orificio de entrada en la región precordial, como a dos centímetros a la izquierda de la tetilla, con orificio de salida en la pared costal lateral izquierda, sobre la línea axilar posterior y al nivel del octavo espacio intercostal; una herida producida por arma de fuego, con orificio de entrada en la región costal anterior, a igual distancia de las líneas esternal y mamaria izquierda y al nivel del décimo espacio intercostal con orificio de salida en la región lumbar, a la derecha de la línea media; esta herida interesó el hígado, el pulmón izquierdo y el intestino; una herida producida por arma de fuego, con orificio de entrada en el epigastrio, a la izquierda de la línea media, con orificio de salida en la región lumbar, a la derecha de la línea media; esta lesión es penetrante de vientre; una herida por arma de fuego, con orificio de entrada en el dorso del dedo índice de la mano izquierda y sobre la primera falange y con orificio de salida en la cara palmar del mismo dedo, produciendo fractura completa y conminuta de la primera falange e interesando piel y tejido celular de la cara palmar del dedo pulgar de la misma mano; una herida producida por arma de fuego con orificio de entrada en la cara posterior y sobre el tercio superior del muslo izquierdo, y con orificio de salida en la región glútea del mismo lado, produciendo fractura expuesta y conminuta del fémur en su tercio superior.<sup>33</sup>

Urquizo citó este último documento en *México-Tlaxcalantongo/Asesinato de Carranza* y en *Carranza. El Hombre. El Político. El Caudillo*, lo cual fue un error, pues los términos médicos le fueron difíciles de entender y por ello, el esquema de esqueleto, indicando los lugares de las heridas, está totalmente equivocado.<sup>34</sup> Si hubiera usado el acta levantada por

---

<sup>33</sup> Torre, *Los trágicos sucesos*, pp. 11-12.

<sup>34</sup> Urquizo, *Asesinato de Carranza*, p. 161; *Carranza. El Hombre*, p. 90.



Lauro Cabrera, habría entendido mejor la ubicación de las heridas, y su esquema sería útil en lugar de ser una fuente de desinformación. Cabe mencionar que Suárez también reproduce este esquema erróneo en su libro *Carranza forjador del México actual*.

Ambas actas coinciden, aunque la del médico Sánchez Pérez especifica que todas las heridas tuvieron orificio de salida. A la luz de estos documentos, resulta que Carranza fue alcanzado por cuatro proyectiles. Uno le penetró por la parte baja del muslo izquierdo y salió por el glúteo del mismo lado; otro le entró cerca de la tetilla izquierda y salió por la parte posterior de la axila, siguiendo una trayectoria sesgada; otro le penetró también cerca de la tetilla izquierda, pero más hacia el centro del pecho, y salió por la espalda; el último le penetró por el estómago, arriba del ombligo, y salió por la espalda. La herida de los dedos índice y pulgar de la mano izquierda debió ser ocasionada por una de las balas que penetraron el cuerpo.

La herida de la pierna es perceptible tanto en el pantalón del uniforme como en el calzón. Una forma de distinguir un orificio de entrada de uno de salida es su tamaño. El orificio de penetración es más pequeño, porque es generado únicamente por la ojiva. En cambio, el de salida es más grande, porque en su camino, la bala empuja tejido, que al salir junto con el proyectil, generan un agujero de mayor diámetro. Esta diferencia de tamaños es claramente perceptible en las prendas antes mencionadas.





Figura 2. Detalles del calzón y del pantalón del uniforme de Venustiano Carranza. Secretaría de Cultura-inah-Museo Casa de Carranza-Mex. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (calzón, fotografía del autor; pantalón, fotografía de Melitón Tapia).

Si se tiene en cuenta que Carranza dormía con la cabeza hacia una de las esquinas posteriores del jacal y con los pies hacia la pared frontal del inmueble, así como que todos dormían sobre el suelo, se comprenderá que esta herida, que entró por la parte baja del muslo y salió por el glúteo, tuvo que ser disparada por el frente de la choza, y a ras del suelo. El tirador se encontraba pecho tierra cuando hizo el disparo. Esto contradice a Suárez, quien afirma haberse asomado y no haber percibido ningún disparo ni atacante por el frente del jacal. El hecho es que sí hubo gente disparando por esa cara de la choza.

Pasemos a las siguientes heridas. La camiseta del presidente Carranza presenta las tres lesiones en el tórax, dos en el lado izquierdo del pecho y una a la altura del estómago, esta herida presenta tres orificios, lo que indica que fue recibida por don Venustiano cuando estaba semi-incor-

porado sobre su lecho, de modo que se generó un pliegue en la camiseta; por ese motivo, al penetrar la bala, generó tres orificios en la tela, aunque una sola herida en el cuerpo.



Figura 3. Camiseta ensangrentada de Venustiano Carranza: detalle de los orificios generados por los proyectiles. Secretaría de Cultura-INAH-Museo Casa de Carranza-Mex. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (fotografías del autor).

El hecho de que una de las heridas de la tetilla entrara en forma sesgada, saliendo por la parte posterior de la axila, indica que el disparo fue realizado en ángulo. El atacante tuvo que estar de pie, fuera del jacal, cerca de la pared lateral que estaba paralela al cuerpo de Carranza. Sin embargo, los otros dos disparos, el segundo de la tetilla y el del estómago, presentan una trayectoria más o menos recta, saliendo por la espalda, cerca de la columna vertebral, de modo que debieron ser hechos de frente a don Venustiano. En este punto es importante recordar que, según Urquiza, una vez en Villa Juárez, quienes habían estado en la

choza le habían confesado que “penetraron al jacal los asaltantes y le remataron a balazos”.<sup>35</sup>

Otro testimonio concordante en este sentido es el de Gerzayn Ugarte, secretario particular del Primer Jefe entre 1915 y 1916 y diputado constituyente por el Distrito Federal; personaje que estuvo entre los funcionarios que acompañaron al presidente hasta Tlaxcalantongo. En 1953 regresó a dicha ranchería, junto con otros supervivientes del hecho, para planificar un monumento en honor a Carranza, diseñado por Gerardo Murillo (el doctor Atl). Ugarte aprovechó la ocasión para entrevistar a los habitantes del lugar y de poblaciones aledañas, con el fin de rescatar toda la información posible sobre el magnicidio. De sus entrevistas, obtuvo el dato de que, en efecto, los atacantes penetraron al jacal, encontraron todavía vivo al presidente, y lo ultimaron con una pistola. El que acribilló a Carranza fue Facundo Garrido, el pelirrojo compañero de Ernesto Herrero, mencionado por Suárez en su relato.<sup>36</sup>

En tercer lugar, no obstante que evidentemente apoyaba la hipótesis del suicidio, Alfonso Taracena consigna en el último párrafo de su obra que, el entonces coronel Lázaro Cárdenas, quiso averiguar por su cuenta cómo había muerto el presidente Carranza, y para tal objeto comisionó al entonces sargento segundo Eduardo Rincón Gallardo, quien se acercó a la gente de Herrero, y escuchó de boca del mayor Herminio Márquez Escobedo estas palabras: “Yo lo maté con mis soldados; mi general Herrero no estaba ahí; él llegó a Tlaxcalantongo hasta la mañana del día 21, ya cuando estaba muerto Carranza”. Asimismo, tres individuos, que de acuerdo con Taracena estuvieron en Tlaxcalantongo la noche del 20 al 21 de mayo de 1920, llamados Leoncio Rivera, Abelardo Lima y Gabriel Aguirre, afirmaron que Herminio Márquez disparó contra el presidente después de que tratara de abatirlo con su pistola mientras yacía herido.<sup>37</sup>

De esto se desprende otra contradicción con los relatos de Suárez y Guzmán. Según ellos —así como la declaración de Aguirre Berlanga

---

<sup>35</sup> Urquizo, *Asesinato de Carranza*, p. 150.

<sup>36</sup> Ugarte, *Por qué volví a Tlaxcalantongo*, s/l, s/e, 1954, p. 38.

<sup>37</sup> Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 318.

ante el ministerio público—, cuando los asaltantes penetraron al jacal, Carranza ya había muerto, víctima de los disparos hechos desde el exterior de la edificación. Pero las actas y las prendas ensangrentadas respaldan las versiones consignadas por Urquizo, Ugarte y Taracena.

Resta la herida en los dedos índice y pulgar izquierdos. De acuerdo con el acta de Sánchez Pérez, la bala penetró por el dorso del índice, es decir, por la uña, y salió por la yema, lo que significa que la mano tenía dispuesta la palma hacia el cuerpo de Carranza. Esto llevó a Enrique Krauze a suponer que al estar en total oscuridad, con el fin de poder suicidarse, don Venustiano tomó su pistola con su mano derecha y se apuntó al pecho con ayuda de la izquierda, destrozando la punta del índice y rozando la yema del pulgar.<sup>38</sup> Pero hay otra forma de explicar esta herida.

La secuencia de hechos que propongo es la siguiente. Los atacantes avanzaron pecho tierra; algunos permanecieron frente al jacal, mientras que otros se situaron a un lado de él y se pusieron en pie. Comenzaron a disparar. La primera bala fue, en efecto, la que hirió la pierna, desde el frente de la choza, originando las quejas verbales del presidente que trató de incorporarse pero no pudo, de modo que permaneció sentado, sin embargo, parece que alcanzó a tomar su pistola con la mano derecha. Un segundo disparo, hecho desde fuera de la pared lateral del jacal penetró por su tetilla izquierda y salió por el lado posterior de la axila. El dolor de esta segunda herida hizo que se llevara la mano izquierda sobre el pecho, dado que la mano derecha ya estaba ocupada sosteniendo la pistola. Entre tanto, los acompañantes de Carranza, llenos de miedo y desconcertados por el ruido y la entrada de balas al jacal, se agazaparon y buscaron cómo ponerse a salvo en la oscuridad. Finalmente, los atacantes penetraron encabezados por Ernesto Herrero y Facundo Garrido,<sup>39</sup> e hicieron iluminar la estancia. Al ver a don Venustiano agonizando, Garrido se le acercó, se situó frente a él y disparó dos veces con su

---

<sup>38</sup> Krauze, *Biografía del poder*, pp. 164, 168.

<sup>39</sup> Me inclino más por Facundo Garrido que por Herminio Márquez como asesino de Carranza, porque todos los testimonios convergen en que primero entraron al jacal Ernesto Herrero y Garrido, y en un segundo momento Márquez.

pistola. Una bala penetró el estómago. La otra dio en el lado izquierdo del pecho, muy cerca de la otra herida, pero como la mano izquierda se interponía, las puntas de dos de sus dedos resultaron heridos.

A continuación, los supervivientes fueron hechos prisioneros. La gente alojada en los demás jacales huyó, se ocultó, o fue capturada. Reunidos los prisioneros, el coronel Paulino Fontes propuso levantar un acta declarando que don Venustiano se había suicidado, de modo que Rodolfo Herrero no considerara necesario fusilar a los testigos. Una segunda motivación fue que se supo la intención de Francisco de P. Mariel —que ya marchaba desde Xicotepec— de atacar a Herrero, lo que supondría un peligro de fuego cruzado para sus prisioneros. El acta, supuestamente, impediría que Mariel efectuara el ataque. Este razonamiento resulta un poco inverosímil, ya que Mariel tendría que leer el acta antes de atacar, cosa difícil. Y lo cierto es que, sabedor de que Mariel se aproximaba, Herrero abandonó al cadáver y a los prisioneros y se dirigió con sus hombres hacia El Espinal, de modo que Mariel encontró a los sobrevivientes ya libres y los escoltó a Villa Juárez.<sup>40</sup>

Al llegar a Xicotepec, los que habían huido durante el ataque se reunieron con los que habían sido capturados brevemente por Herrero. En las primeras conversaciones Suárez y compañía admitieron ante sus compañeros de desgracia que don Venustiano había sido ultimado dentro de la choza por Garrido. Sin embargo, durante el trayecto de Villa Juárez a Necaxa, de allí a Beristáin y de este punto hacia la Ciudad de México,<sup>41</sup> Aguirre Berlanga tuvo tiempo de conversar con Suárez, Amador, Méndez y Farías. Debió resultarles evidente que, a diferencia de los demás, ellos sí tuvieron la oportunidad si no de impedir el magnicidio, sí de perecer defendiendo al presidente, especialmente Suárez y Amador, que eran sus guardaespaldas militares.

---

<sup>40</sup> Suárez, *Carranza forjador*, pp. 191-193.

<sup>41</sup> Aguirre Berlanga no terminó el trayecto hasta la capital, pues fue detenido junto con los generales Juan Barragán, Francisco Murguía, Federico Montes, Bruno Neyra, Heliodoro Pérez Treviño, Francisco L. Urquizo y Pilar R. Sánchez, quienes fueron conducidos directamente a la prisión militar de Santiago Tlatelolco y después a la Penitenciaría de Lecumberri.

Desde su creación —por Porfirio Díaz en 1895— el Estado Mayor del C. Presidente de la República había tenido el papel primordial de custodiar la persona del primer magistrado de la nación. Con este propósito, desde esa misma época había tenido bajo su mando al Escuadrón de Guardias de la Presidencia, que Carranza aumentó a Regimiento, Obregón a Brigada y Miguel Alemán a Cuerpo de Guardias Presidenciales.<sup>42</sup> Como miembros de esa corporación, Suárez y Amador tenían el deber de custodiar al presidente Carranza. Ese fue el motivo de que se alojaran en su jacal, mientras que su asistente personal, Secundino Reyes, se alojó en otra choza. Y, contrario a lo sostenido por Urquizo y Guzmán, no había más ayudantes presentes en Tlaxcalantongo, pues los demás se habían quedado en Aljibes por falta de caballos, como fue el caso del coronel Lucio Dávila y del teniente Jesús Ramos del Río.<sup>43</sup>

Pero ni Amador ni Suárez cumplieron su papel. Aunque civiles, Aguirre Berlanga, Méndez y Farías debieron sentir la misma vergüenza al haber presenciado cómo era ultimado el presidente, mientras ellos miraban pasivos y dominados por el instinto de autopreservación. Esto debió llevar a los cinco testigos a llegar al acuerdo de contar la misma historia. El relato podía diferir en los detalles, ya que eso no era importante. En lo que debían cuidar de coincidir era en algo muy sencillo, esto es, en que todas las heridas habían sido producidas por disparos realizados desde el exterior, siendo imposible salvar a Carranza. Asimismo, todos los disparos habían sido hechos por la parte posterior del jacal, de modo que al asomarse, los valientes ayudantes de Estado Mayor no hubieran encontrado a quién hacer fuego. El resto de la historia podía incluir detalles reales. Sólo debían cambiar un aspecto del testimonio.<sup>44</sup>

La comisión formada por orden de Obregón y Pablo González para investigar el asesinato, encabezada por el diputado Aquiles Elorduy y el contralmirante Hilario Rodríguez Malpica, interrogó por única vez a los cinco testigos mientras viajaban en tren de Beristáin al Distrito

---

<sup>42</sup> Miranda, *Estado Mayor Presidencial*, pp. 65-215.

<sup>43</sup> Miranda, *Estado Mayor Presidencial*, p. 156.

<sup>44</sup> Estoy consciente de que estoy especulando, pero gran parte de lo que hacemos historiadores, arqueólogos y antropólogos es conjeturar con base en indicios.

Federal, siendo el mayor interés discernir si Carranza se había suicidado o había sido asesinado.<sup>45</sup> Ya en la Ciudad de México, el único de los cinco testigos que compareció ante el ministerio público fue Aguirre Berlanga. Pasado este periodo, no fue necesario hablar más del tema. Pedro Gil Farías murió en 1922. Mario Méndez, Octavio Amador y Manuel Aguirre Berlanga guardaron silencio el resto de sus vidas. El único interesado en escribir sobre el asunto fue Suárez, lo cual le facilitó construir un relato acorde con lo declarado previamente a Aquiles Elorduy y al ministerio público. La desatención de los lectores también ayudó mucho a Suárez, pues parece que nadie ha notado la contradicción evidente entre su versión y lo escrito por Urquiza y Ugarte. Martín Luis Guzmán, tomando como referencia evidente las declaraciones de Aguirre Berlanga publicadas en la prensa, escribió un relato congruente con el de Suárez, consagrando esta versión conveniente de los hechos.

La estrategia de Suárez le redituó bien, pues pudo mantener su amistad con su antiguo jefe, el general Juan Barragán. Y, como ya se mencionó, Suárez fue nombrado en 1961 primer director, con carácter vitalicio, del Museo Casa de Carranza. Con ese cargo, en diciembre de 1965, recibió de parte de Virginia Carranza Salinas el original del Plan de Guadalupe, para que formara parte de la colección permanente de dicho museo.<sup>46</sup> Así que Suárez terminó sus días siendo considerado un defensor y preservador destacado de la memoria del otrora Primer Jefe.

## **AUTORÍA INTELECTUAL DEL MAGNICIDIO**

Durante muchas décadas, este tema fue ajeno a la polémica ya que para la mayoría del público era claro que Rodolfo Herrero era el autor material y, de alguna manera, Álvaro Obregón el autor intelectual. Pero en

---

<sup>45</sup> Krauze, *Biografía del poder*, pp. 162-164, 168.

<sup>46</sup> Carta manuscrita de Virginia Carranza de Aguilar al teniente coronel Ignacio Suárez, Playa Azul, 29 de diciembre de 1965; fotocopia de un acta de recepción existente en el Archivo General de la Nación, Galería 7, Fondo Rafael Carranza, firmada el 10 de diciembre de 1965. Ambos documentos en el acervo documental del Museo Casa de Carranza.



años recientes se comenzó a publicitar una fotografía de los álbumes reunidos por los hermanos José y Pedro Mendoza, de los que existen ejemplares en el Centro de Estudios de Historia de México CARSO, en la Biblioteca Constantino Reyes Valerio de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH y en la Biblioteca Constituyentes de 1916-1917 del Museo Casa de Carranza. La fotografía corresponde a una comunicación mecanográfica en que, aparentemente, el coronel Lázaro Cárdenas le ordena al general brigadier Rodolfo Herrero que ataque la columna del presidente Carranza y le dé muerte a este último. He aquí una transcripción del contenido de la imagen:

Coronel. de Cab.  
Lázaro Cárdenas

Señor General.  
Rodolfo Herrero.  
Villa Juárez.  
Puebla.

Lo saludo afectuosamente y le ordeno, que inmediatamente organice su gente y proceda desde luego a incorporarse a la comitiva del Señor Presidente Carranza; una vez incorporado, proceda a atacar a la propia comitiva, procurando que en el ataque que efectúe sobre esos contingentes, muera Carranza en la refriega, entendido que de antemano todo está arreglado con los más altos jefes del movimiento y, por lo tanto, cuente usted conmigo para posteriores cosas que averiguar.

Como siempre, me repito su atento amigo, compañero y S.S.  
[Rúbrica]

Algunos han considerado esto como una prueba fehaciente de que Obregón ordenó el asesinato a través de Cárdenas. Sin embargo, el documento en sí es problemático. En primer lugar resulta que, siendo coronel, Cárdenas le da una orden terminante a Herrero, que era general

brigadier, lo que evidencia desconocimiento de la jerarquía militar por parte de quien mecanografió el documento. Un general no le puede dar órdenes a un general; puede transmitirle las órdenes de otro general, pero en el documento dice “le ordeno”. Dado que el general brigadier Arnulfo R. Gómez era el aguaprietista de más jerarquía en la zona, como jefe de armas en Huauchinango y Papantla, era él quien tendría que haber firmado la orden dada a Herrero; de hecho, fue Gómez quien ordenó a Cárdenas dirigirse hacia el rumbo de Tlaxcalantongo para capturar a Carranza, razón por la que se encontró con Herrero en El Espinal, después de cometido el magnicidio. Dado que Herrero se acogió a una amnistía apenas en marzo de 1920, no existía trato previo entre este guerrillero pelaecista y Cárdenas, miembro del Ejército Nacional, como lo da a entender el escrito. La misiva no tiene lugar de remitente ni fecha, algo inusual en la documentación militar. Adicionalmente, Cárdenas no podía saber dónde encontrar a Herrero para hacerle llegar el mensaje y lo cierto es que Villa Juárez era la base de operaciones de Lindoro Hernández y Aarón Valderrábano, no la de Herrero.

Lo cierto es que después de encontrarse con Herrero, Cárdenas recibió orden de escoltarlo hasta la Ciudad de México, mientras que a Aguirre Berlanga y a los generales que habían acompañado a Carranza se les internó en prisión acusados de no haberlo protegido; a Herrero se le hospedó en la habitación núm. 20 del Hotel Gillow. Herrero compareció ante el ministerio público como testigo del delito de Aguirre Berlanga y los generales carrancistas. En sus declaraciones Herrero dejó asentado que al iniciar el movimiento de Agua Prieta fue buscado por el general brigadier felicista Alberto Basave y Piña, quien le comunicó de parte de su antiguo jefe Manuel Peláez, que debía adherirse a la rebelión, a pesar de haberse amnistiado menos de dos meses antes. Herrero acató la orden de Peláez y estuvo pendiente de más instrucciones. En los días previos al magnicidio, fue notificado verbalmente por un enviado de Basave y Piña sobre el hecho de que Carranza se dirigía a sus dominios y que, por tanto, era su deber lidiar con él. Obviamente, tanto Herrero como Basave declararon ante el ministerio público que la orden no era de matar a Carranza, sino de capturarlo con vida, lo cual no significa

que dijeran la verdad.<sup>47</sup> Lo importante es que Herrero admitió que su canal de comunicación era Basave y Piña, no Lázaro Cárdenas. Ignacio Suárez se interesó por documentar este hecho y, en su texto de 1959, aseveró que el general brigadier Rubén Culebro —antiguo felicista— poseía una carta en la que su correligionario, Basave, le había confesado haber recibido en Palacio Nacional la orden de Obregón de asesinar a Carranza.<sup>48</sup>

El hecho es que el general Manuel Peláez —ex miembro del Ejército Federal, amo de las Huastecas Potosina y Veracruzana, así como jefe de Herrero desde 1915—, había decidido adherirse al Plan de Agua Prieta. Y qué mejor forma de congraciarse con los sonorenses que entregándoles en bandeja de plata la cabeza del Varón de Cuatro Ciénegas. Por otra parte, dado que Obregón estaba muy interesado en no afectar su imagen y aspiraciones presidenciales por medio de convertirse en otro Victoriano Huerta, le venía muy bien que fuera alguien ajeno a su gente quien se manchara las manos de sangre. Tan importante era este tema, que Obregón y Pablo González hicieron la pantomima de ofrecerle a Carranza un salvoconducto para poder salir al exilio, a través del general de división Jacinto Blas Treviño.<sup>49</sup>

Blas Treviño había sido jefe del Estado Mayor del Primer Jefe entre 1913 y 1914, así como el primer firmante del Plan de Guadalupe, pero para 1920 estaban distanciados, y Treviño optó por figurar como lugarteniente de Pablo González. Por ese motivo, fue Treviño el encargado de ocupar la Ciudad de México junto con Sidronio Méndez y Jesús Guajardo —asesino de Zapata—, el 7 de mayo. Y fue también quien salió en persecución de la Columna de la Legalidad.<sup>50</sup> Sin embargo, era importante para Obregón y González hacer saber a la opinión pública que se estaba haciendo el esfuerzo por hacer entrar en razón a don Venustiano, usando como intermediario a un viejo amigo suyo.

---

<sup>47</sup> Fabela, *Documentos históricos*, pp. 12-18 y 48-50.

<sup>48</sup> Suárez, “Disertación”, pp. 5-6.

<sup>49</sup> Treviño, *Memorias*, 2ª edición, México, Editorial Orión, 1961, pp. 158-159.

<sup>50</sup> Miranda Moreno, *Estado Mayor Presidencial*, pp. 136-138. *El Universal*, primera plana, 8 de mayo de 1920. Treviño, *Memorias*, pp. 156-158.

Obregón y González deseaban dejar claro que hacían todo lo posible por evitar la muerte de Carranza. En este sentido, la existencia del mensaje de Cárdenas a Herrero habría sido una torpeza imperdonable y nadie sensato y bien informado puede negar la capacidad intelectual, tanto de Obregón como de Cárdenas.

Por otra parte, suponiendo que sí hubiera existido una comunicación, destinada a ser destruida después de ser leída, tendría un lenguaje eufemístico, para no resultar incriminatoria en caso de que, por alguna negligencia, no hubiera desaparecido. Pero hasta Herrero y Basave dejaron claro que las comunicaciones entre ellos habían sido todas verbales. Si estos facciosos fueron suficientemente astutos, más lo habrían sido genios políticos como el Manco de Celaya y el autor de la expropiación petrolera.

En una conversación con la maestra Josefina Moguel, expresó que el hecho de que Cárdenas hubiera dado de baja a Herrero del Ejército Mexicano, cuando fue presidente de la República, era prueba de que Cárdenas necesitaba su silencio. En opinión de ella, la baja de Herrero era una amenaza para que no revelara lo que sabía. Personalmente considero todo lo contrario. Como aseveró Maquiavelo “a los hombres hay que tratarlos bien o aplastarlos, porque ellos se vengán de las pequeñas ofensas, pero de las grandes no pueden vengarse. Por lo tanto, la ofensa que se les hace debe ser tan grande que no permita ninguna venganza”.<sup>51</sup> Si Cárdenas necesitaba silenciar a Herrero, sólo tenía dos opciones: matarlo o sobornarlo. Si se sentía imposibilitado para mandarlo matar, lo único prudente era mantenerlo contento. Pero darlo de baja del Ejército, quitándole el derecho a una pensión, era darle un motivo para vengarse y decir lo que sabía. Pero Herrero no habló, ni se vengó de ninguna otra manera, así que no tenía nada que decir. De modo que hay que creer a Cárdenas cuando aseveró que dar de baja a Herrero era una forma de castigarlo por la infamia de haber asesinado al presidente Carranza.

Otro detalle importante es que el documento en cuestión no existe en original, sólo en fotografía, la cual fue producida por los fotógrafos carrancistas Pedro y José Mendoza, en torno a 1963, lapso en que se

---

<sup>51</sup> Maquiavelo, *El príncipe*, p. 68.

cierra la colección de álbumes. En esta colección están reunidas fotografías impresas tanto del periodo de 1910-1920 como de la década de 1960, que son fáciles de diferenciar por la técnica con que fueron impresas. La imagen en cuestión pertenece a las impresas en los 60.

Si el lector me concede que el documento es falso —un montaje fotográfico realizado por los hermanos Mendoza—, surge la pregunta de qué motivo tendrían para querer dañar la imagen de Lázaro Cárdenas. De la conversación con la maestra Moguel, rememoró que durante las elecciones federales de 1940, la mayoría de los antiguos carrancistas apoyaron al candidato independiente Juan Andrew Almazán.<sup>52</sup> Es bien sabido que Cárdenas aseguró el triunfo de Ávila Camacho a través del fraude y la violencia.<sup>53</sup> Únicamente, el entonces general de división Francisco L. Urquizo, a la sazón jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, permaneció del lado oficial, lo que le valió ser designado secretario de la Defensa Nacional por el presidente Manuel Ávila Camacho unos años después.<sup>54</sup> La animadversión del resto de los carrancistas contra Cárdenas se hizo patente en las críticas de Luis Cabrera, o en el hecho de que el ahora general de brigada retirado Juan Barragán se aliara con Jacinto B. Treviño para fundar el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, en clara alusión al Partido de la Revolución Mexicana (PRM) con que Cárdenas había reemplazado al Partido Nacional Revolucionario (PNR).

---

<sup>52</sup> Este personaje había militado en el antirreeleccionismo, pero luego del triunfo revolucionario, se unió a Zapata contra el gobierno de Madero bajo la bandera del Plan de Ayala. Posteriormente, se adhirió al gobierno de Victoriano Huerta y se incorporó al Ejército Federal. Tras los Tratados de Teoloyucan, permaneció en armas, aliado con facciones reaccionarias como las de Félix Díaz Prieto e Higinio Aguilar. Adherido al Plan de Agua Prieta, sirvió en el Ejército Nacional hasta alcanzar el rango de general de división. El apoyo de los carrancistas sólo se explica como una manifestación de su rechazo a las políticas izquierdistas de Cárdenas. *Diccionario de generales*, pp. 62-63.

<sup>53</sup> Aguilar y Meyer, *A la sombra*, pp. 184-185. Krauze, *La presidencia*, p. 34.

<sup>54</sup> Véase Urquizo, *3 de Diana*.

## CONCLUSIONES

Después de contrastar entre sí los principales relatos sobre el homicidio de Venustiano Carranza y las fuentes documentales y materiales —actas levantadas en Villa Juárez así como las prendas ensangrentadas—, se puede presumir que los testigos directos, como Ignacio Suárez y Manuel Aguirre Berlanga, tuvieron la intención de construir una narración que protegiera sus reputaciones. Bajo el pretexto de denunciar el impune crimen cometido contra un primer mandatario mexicano, así como de desmentir el alegato de suicidio, Suárez elaboró al mismo tiempo una versión que dejara clara la imposibilidad de defender al alto funcionario, así como de perecer junto con él.

Sin embargo, testimonios recabados por testigos indirectos y menos avergonzados, como Francisco L. Urquizo y Gerzayn Ugarte, aportan pistas que coinciden con las pruebas documentales y materiales, además de permitir deducir la falta de sinceridad de Suárez y Aguirre Berlanga.

En segundo lugar, tanto las actas como las prendas, junto con la información que se tiene sobre la choza así como la disposición con que la ocuparon don Venustiano y sus cinco acompañantes, permiten hacer una reconstrucción de las circunstancias en que pudo haber perecido el Varón de Cuatro Ciénegas. Si hubiera interés por parte de expertos forenses en analizar esta información, se podría elaborar una hipótesis respetable y cercana a la verdad. Si tan sólo existiera ese interés.<sup>55</sup>

En tercer lugar, una mirada crítica ayuda a tomar con reserva las fotografías del documento que supuestamente prueba la participación de Lázaro Cárdenas en el crimen. En realidad, hay muchas razones para considerar que se trata de una falsificación. Si se quiere entender cómo debió ser ordenada la muerte de Carranza, hay que prestar atención al ejecutor, Rodolfo Herrero, quien era un guerrillero reaccionario bajo

---

<sup>55</sup> En años recientes la Coordinación Nacional de Restauración del INAH envió la camiseta y calzón a los laboratorios del SEMEFO para que fueran analizadas, pero según el informe compartido al Museo Casa de Carranza, el análisis se limitó a comparar la sangre presente en las prendas con muestras de ADN de dos nietos de don Venustiano, confirmándose el vínculo de parentesco y la pertenencia de las prendas a Carranza.

el mando de Manuel Peláez, por eso sus hombres gritaron ¡viva Peláez! cuando atacaron el jacal donde dormía don Venustiano.

Al estallar la rebelión de Agua Prieta, numerosas facciones se identificaron con el movimiento, debido a su repudio general contra Carranza. Esto explica muy bien el hecho de que durante los pocos meses que duró el interinato de Adolfo de la Huerta, todas las facciones depusieran las armas y el país se pacificara por completo. Los zapatistas Genovevo de la O y Gildardo Magaña se unieron a la rebelión, y hasta se dejaron fotografiar con Pablo González, autor intelectual del asesinato de Emiliano Zapata. Ex federales como Guillermo Meixueiro, Félix Díaz, Higinio Aguilar, Juan Andrew Almazán y Esteban Cantú, aplaudieron la caída del llamado Primer Jefe y algunos hasta coadyuvaron a las operaciones contra la Columna de la Legalidad, como fue el caso de Higinio Aguilar. En este sentido, Taracena consigna que, durante los meses que precedieron a la caída del gobierno de Carranza, el general Celestino Gasca y el político Manlio Fabio Altamirano, ambos obregonistas, se reunieron en Teziutlán con jefes felicistas, con el fin de obtener su apoyo en la rebelión contra don Venustiano.<sup>56</sup>

En este contexto, Manuel Peláez decidió adherirse a la rebelión y le hizo saber a Herrero que debía hacer lo mismo. El enlace entre ambos fue el felicista Alberto Basave y Piña. Poco importa si Basave recibió o no la orden directa de Álvaro Obregón, en Palacio Nacional, de matar a Carranza en una escaramuza. Lo importante es que estos reaccionarios estaban decididos a congraciarse con los sonorenses y, por tanto, les hicieron el servicio de mancharse las manos con sangre presidencial. Los sonorenses, por su parte, necesitaban este apoyo, ya que Obregón deseaba llegar a la presidencia sin la sombra de ser considerado un usurpador golpista y homicida. Irónicamente, así es como lo vieron los estadounidenses, pues aprovecharon el cruento fin de Carranza para negarle su reconocimiento al gobierno de Obregón, a fin de poderlo chantajear para que reparara los daños a intereses extranjeros durante la Revolución, así como para exigirle la derogación de los artículos 27 y

---

56 Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 300.

33 constitucionales. Este chantaje dio origen al *Tratado De la Huerta-Lamont* y a los *Convenios de Bucareli*.

Los servicios de Peláez fueron bien remunerados, ya que fue incorporado al Ejército Nacional con el grado de general de brigada, y durante un tiempo conservó el mando de la Jefatura de Operaciones Militares de la Huasteca. Incluso fue fotografiado con Adolfo de la Huerta, Benjamín Hill, Plutarco Elías Calles y Jacinto B. Treviño en Palacio Nacional, en mayo de 1920. Por su parte, Herrero también fue reconocido como general brigadier del Ejército y nunca fue juzgado por los hechos de Tlaxcalantongo. Su baja del Ejército Mexicano por Cárdenas en los años 30 fue su único castigo.

## FUENTES

Archivo de la Dirección del Museo Casa de Carranza-INAH.

Colección de documentos del Museo Casa de Carranza-INAH.

Colección de piezas del Museo Casa de Carranza-INAH.

Colección hemerográfica de la Biblioteca “Constituyentes de 1916-1917”.

## BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Camín, Héctor y Meyer, Lorenzo, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, 26ª edición, México, Cal y Arena, 2000.

Ávila, Felipe, Barrón, Luis, Benítez, Pamela, Carrillo, Veremundo y Juárez, Angélica, “El proceso que fraguó el golpe de estado contra Carranza”, en *Relatos e historias de México*, diciembre de 2019.

Barrón, Luis, *Carranza. El último reformista porfiriano*, México, TusQuets, 2009.

Beteta, Ramón, *Camino a Tlaxcalantongo*, México, FCE, 1990.

*Diccionario de generales de la Revolución*, tomo I, México, SEP-SDN-INERHM, 2014.



- Fabela, Isidro, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Testimonios sobre los asesinatos de don Venustiano Carranza y Jesús Carranza*, tomo XIX, editado por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana bajo la dirección de Josefina E. de Fabela, Jus, 1971.
- Garciadiego, Javier, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío-Gobierno de Coahuila, 2013.
- Gaytán, Rosa Isabel, *La Doctrina Carranza. Práctica internacional y legado doctrinario*, México, Secretaría de Cultura-INEHRM, 2018.
- Guzmán, Martín Luis, “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, en *Muertes históricas*, México, CONACULTA, 1990.
- Krauze, Enrique, *Biografía del poder no. 5 Venustiano Carranza. Puente entre siglos*, México, FCE, 1987.
- \_\_\_\_\_, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, TusQuets, 1997.
- Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, pról., trad. y notas de Roberto Raschella, Buenos Aires, Losada, 2003.
- Márquez, Miguel B., *El verdadero Tlaxcalantongo. ¿Quiénes son los responsables de la tragedia?...*, México, A.P. Márquez, editor, 1941.
- Matute Aguirre, Álvaro, *Historia de la Revolución Mexicana 1917-1924. No. 8. La carrera del caudillo*, México, Colmex, 1980.
- Miranda Moreno, Gral. de División D.E.M. Francisco, *Estado Mayor Presidencial. Evolución de una tradición de honor y lealtad*, México, EMP-Secretaría de Cultura, 2016.

Moguel Flores, Josefina, *Venustiano Carranza. Primer jefe y presidente*, México, Gobierno de Coahuila-SEGOB-Condumex, 1995.

Plana, Manuel, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, México, Colmex-Gobierno de Coahuila-Universidad de Alcalá de Henares, 2011.

Río Cañedo, Lorenza del y Álvarez Sánchez, Edwin Alberto, *Museo Casa de Carranza. Historia y legado*, México, Cámara de Diputados LXIII Legislatura, 2016.

Román, Julia, *Carranza. La Revolución Constitucionalista*, México, Talleres de Impresiones Populares de SEPAC, 1981.

Salmerón, Pedro, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.

Suárez, Ignacio, *Carranza forjador del México actual. Su vida-su muerte*, México, B. Costa-Amic Editor, 1965.

\_\_\_\_\_, “Disertación. Los últimos días del Presidente Carranza leída por su autor, el Sr. Teniente Coronel Ignacio Suárez exmiembro del Estado Mayor del Sr. Presidente Don Venustiano Carranza, en la sesión ordinaria de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística iniciando el ciclo Historia de la Revolución con motivo del Año del Presidente Carranza, y que tuvo lugar el martes 4 de agosto de 1959 en la Sala de Conferencias de la H. Sociedad invitante”, México, Sociedad Nacional de Geografía y Estadística, 1959.

Taracena, Alfonso, *Venustiano Carranza*, México, Jus, 1963.

Torre, Gustavo de la, *Los trágicos sucesos del 21 de mayo de 1920 en Tlaxcalantongo*, México, Gobierno del Estado de Puebla, 1989.

Treviño, Jacinto B., *Memorias*, 2ª edición, México, Editorial Orión, 1961.

Ugarte, Gerzayn, *Por qué volví a Tlaxcalantongo*, s/l, s/e, 1954.

Urquizo, Francisco L., *Asesinato de Carranza*, México, La Prensa, 1969.

\_\_\_\_\_, *Carranza. El Hombre. El Caudillo. El Político*, México, Editorial Muñoz, 1957.

\_\_\_\_\_, *Vidas ejemplares. Don Venustiano Carranza. El Hombre. El Político. El Caudillo*, México, Editorial Cultura, 1939.

\_\_\_\_\_, *3 de Diana*, México, Industrias Gráficas Miranda, 1955.

Villarreal Lozano, Javier, *Venustiano Carranza: la experiencia regional*, México, Instituto Coahuilense de Cultura, 2007.

\_\_\_\_\_, “Traición y muerte en Tlaxcalantongo. El golpe de estado contra Carranza en 1920”, en *Relatos e historias de México*, mayo de 2013, pp. 40-49.

\_\_\_\_\_ y Andrade Rivera, Miguel Ángel, “Magnicidio. El asesinato del presidente Venustiano Carranza en 1920”, en *Relatos e historias de México*, septiembre de 2017, pp. 49-69.

## HEMEROGRAFÍA

*El Universal. Diario político de la mañana*, año v, tomo xv.

*Excélsior. El periódico de la vida nacional*, año iv, tomo ii.